

SANTIAGO RAMIREZ

ESTRUCTURA
PSICOLOGICA
del
MEXICANO

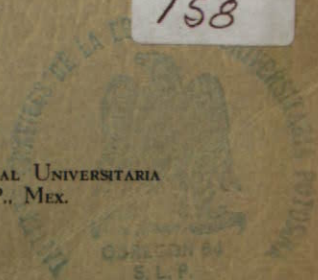
Psicología

158

LETRAS POTOSINAS

TALLERES GRAFICOS DE LA EDITORIAL UNIVERSITARIA
SAN LUIS POTOSI, S. L. P., MEX.

1955



ESTRUCTURA PSICOLOGICA del MEXICANO

Estudio desarrollado por el Dr. SANTIAGO RAMIREZ, Profesor de Psicología y Psiquiatría de la Escuela de Graduados de la U. N. A., durante su CURSO DE PSICOLOGIA, en los V CURSOS DE INVIERNO DE 1935, en el Auditorium de la Facultad de Jurisprudencia.

DESDE hace tiempo, con muy diferentes criterios, con diversos enfoques y desde ángulos variados, el mexicano y su manera de ser se han transformado en una preocupación substancial del propio mexicano. Lo mejor de nuestra intelectualidad se ha aproximado al problema aportando su sistema de pensamiento y su método de trabajo con el fin de conocer la urdimbre de nuestra esencia y los matices de nuestra caracterología. Sin embargo, llama la atención, que salvo excepciones, los psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas han contribuido con muy escasas observaciones a la comprensión del tema. Cabría suponer que el psicólogo, en contacto cotidiano con las formas de expresión del mexicano, y en labor permanente con el material que aportan tanto los casos clínicos, como las manifestaciones inconscientes, sería el más indicado para orientarnos acerca de las motivaciones profundas, explicativas de la conducta y de la manera de ser de lo nuestro. La magnitud del tema sugerido en el título de este ensayo, muy frecuentemente nos ha hecho dudar acerca de las propias capacidades para encararlo, sin embargo, la metodología que hoy en día posee el psicólogo educado en las técnicas de la psicología abisal, ha llegado a ser tan fructífero que nos ha animado a afrontar el problema a pesar de la magnitud del mismo.

En una ciencia joven, el psicoanálisis, de la cual se ha hablado tanto y tan mal, resulta preciso esclarecer conceptos y disipar dudas, acerca de "simpatías y diferencias" las más de las veces derivadas de una simple actitud emocional enfrente de los resultados obtenidos. Creo que en tanto no podamos definir los conceptos y la terminología con la cual designamos a las cosas, la posibilidad de hacer luz en nuestra temática resulta vana. En primer término resulta fundamental saber cuales conceptos son básicos e indispensables como herramientas de trabajo en la árdua artesanía del psicólogo; también es imprescindible descartar y hacer a un lado todas aquellas hipótesis que o bien no estén plenamente comprobadas o son fundamentales en la investigación. Si las herramientas que utilizamos en un momento dado, nos son de utilidad, bienvenidas, si por el contrario únicamente resultan formas de lenguaje, que complican el problema, nos veremos forzados a descartarlas.

Desde el punto de vista psicoanalítico consideramos al ser humano, como una entidad biológica que entra en contacto con un ambiente ante el cual su biología habrá de modelarse, de expresarse, de frustrarse o desarrollarse, de acuerdo con las condiciones que esa biología encuentra en el ambiente que lo rodea. Somos similares en tanto nuestra biología es parecida, y diferentes en tanto las condiciones ambientales hacen diferir nuestro destino del de nuestros congéneres. Utilizando la terminología psicoanalítica podemos expresar que el ser humano, no importa la cultura en que se desarrolle, nace con un acúmulo de material instintivo, cuyo origen se encuentra en el plasma germinal, es decir, cuando nos referimos a una de las características del instinto o sea su origen, podemos afirmar que la biología y la psicología convergen en un punto común. Sin querer hemos ya señalado una de las características del instinto, a saber su origen. Muy lejos de nosotros el pretender definir el "instinto"; con un criterio menos es-

pinoso y más modesto nos referimos mejor a sus características, las cuales pueden individualizarlo. Es lógico considerar como origen o fuente de lo instintivo, a lo biológico, a lo germinal. Es decir que si nos referimos a una necesidad instintiva tal cual es el hambre o el instinto sexual, sin lugar a dudas tendremos que localizar su origen en la substancia viva; así, en el caso del hambre, las modificaciones en el contenido de determinadas substancias en el terreno sanguíneo: glucosa, etc., las contracciones gástricas y finalmente los cambios en el metabolismo tisular, son explicaciones más que suficientes para poder en un momento determinado localizar la fuente o punto de partida del instinto.

Otra de las características del instinto es su fuerza, no existe un sistema de medición preciso para valorar en un momento dado la fuerza de un instinto, pero sí contamos con elementos laterales que nos permiten juzgar de la mayor o menor intensidad de un componente instintivo. Así es que juzgaremos de la mayor o menor intensidad del hambre de una persona en función de dos elementos de juicio. Por una parte, en base a la cantidad de obstáculos que esa persona es capaz de zanzar con el objeto de satisfacer su demanda, por la otra, por la cantidad de obstáculos, inhibiciones y consideraciones de índole moral o social, puestas al servicio del bloqueo de la exigencia instintiva. Cuantos más esfuerzos realice una persona para aplazar la satisfacción, mayor será la energía contra la cual se erigen los obstáculos.

Una tercera característica o propiedad del instinto es su finalidad. Todo instinto tiene un fin. El aparato psíquico se rige por la ley del placer displacer. En síntesis, podemos expresar que el incremento de la representación de un instinto en el aparato psíquico es displacentero. La tendencia natural, cuando este incremento tiene lugar, es la descarga a través de la acción que específicamente satizfa-

ga la necesidad. Las acciones serán específicas y diversas de acuerdo al instinto de que se trate, pero todas ellas tienen como finalidad aliviar al aparato psíquico de la tensión desagradable creada por el cúmulo de representaciones.

Para finalizar en esta breve síntesis, una de las peculiaridades substanciales del instinto, es el *objeto*. Designamos objeto del instinto a la persona o personas a las cuales se encuentra ligado el instinto en su satisfacción directa e inmediata. Así el objeto de las necesidades instintivas tanto nutritivas, como de afecto, calor y de ternura, del lactante, se encuentran centradas en la madre. El objeto susceptible de satisfacer las necesidades de identificación masculina en el niño varón, será el padre. Los objetos que rodean a un niño, serán los encargados de manejar sus instintos; el manejo será realizado de acuerdo con los ideales, los patrones, las aptencias y las características del grupo familiar. Pensemos en un caso teórico: las necesidades de protección y de dependencia de un menor, al ser manejadas por una madre determinada, podrán lograr su satisfacción en el caso de que los ideales y la manera de ser de la madre respondan adecuadamente a las exigencias instintivas del niño, en cambio, podrán frustrarse, cuando las necesidades del niño se encuentran en franca oposición con los intereses, ideales o caracterología de la madre. Existe un último caso, en el que la necesidad de satisfacer la dependencia y el amor en la madre, sean mayores a las demandas que específicamente hace el menor, en este caso diremos que la madre ha sobreprotegido o sobresatisfecho al menor en una determinada área, en detrimento de otras importantes para el adecuado desarrollo del niño.

Podemos encontrar distorsiones fundamentales en un individuo, en una familia, o en un grupo social, con respecto a otros individuos, a otras familias y a otros grupos sociales, derivadas de la forma en la cual han sido manejadas sus necesidades básicas. A pesar de que en un mo-

mento dado parezcamos prolijos, citaremos algunos ejemplos: Una madre judía, resaca de todas las persecuciones, angustias y desvelos de la Alemania nazi, llega a un país americano como inmigrante, al tener a su hijo criollo en el país que le dió albergue, va a mitigar muchas de sus penas, de sus angustias y de sus temores, en la relación con el hijo: en primer término dará al hijo satisfacciones en determinadas áreas, muy superiores a las exigidas específicamente por el menor, será así como el niño comerá, no únicamente lo que biológicamente necesita, sino en creces, como resultado de la relación con su madre: el niño recibirá no sólo todo aquello que necesita en esta área sino también todo aquello de lo que la madre careció cuando ella era a su vez una niña. Será así como este criollo, hijo de una madre judía famélica en su infancia, será objeto de una sobrealimentación. Esta misma madre que ha incorporado en su interior la imagen de un mundo persecuidor y terrible en el que el ser judío ha sido equivalente de afrentas y discriminaciones, proyectará la imagen que ha incorporado en el país que le ha dado albergue; en estas condiciones tratará de proteger a su hijo de todas las persecuciones que ella misma sufrió, y que ahora fantaseadas ha proyectado en su nuevo mundo. En estas condiciones privará al niño del contacto con amigos, con juegos, y en general de todas aquellas áreas de participación social necesarias en un adecuado desarrollo. Tanto en las normas seguidas enfrente de la alimentación como en las seguidas con el trato social la madre estará *reparando* aquello que sufrió, aquello de lo que se vió privada. Muy frecuentemente hemos caracterizado la fórmula de relación de esta madre con su hijo con la siguiente frase: "niño, come, pero no te muevas". Come por todo lo que yo no comí, por todas las privaciones de mi infancia miserable, por todo aquello que siempre desee y no tuve. No te muevas, no participes no entres en contacto con los demás porque el mundo es peligroso, cruel y avieso.

Esta forma específica de manejar las necesidades instintivas del niño, trae consigo el que éste incorpore en su interior la fórmula de la madre, y que sometiéndose a ella la repita una y otra vez, en forma esterotipada. Nos podríamos preguntar qué es lo que mueve al niño una vez adulto a repetir los patrones que le fueron impuestos. Primitivamente, el niño sabe que siguiendo las normas impuestas por su madre logra el afecto de ella, sabe que ella le brinda amor y atenciones cuando su conducta es eco de sus exigencias. La necesidad de obtener el amor, de no sentirse abandonado emocionalmente, es mayor que la frustración implícita en la sobrecarga de determinadas necesidades y el raquitismo en la satisfacción de otro grupo de ellas. Más tarde, cuando el niño deja de serlo para transformarse en hombre, la madre se ha convertido de una figura exterior en una internalizada, cada vez que en su conducta se realicen las exigencias que la madre impuso, emocionalmente se recibirá desde adentro la aprobación, y cada vez que se destruyan los viejos moldes surgirá la angustia ante la desaprobación y el desamor de la imagen interna. Este niño, con esta dinámica, a quien la madre ha enseñado a calmar su ansiedad comiendo, a quien la madre ha privado de la posibilidad de derivar al exterior las tensiones por medio del movimiento, se transformará en un sujeto obeso, por un incremento de la carga y por un déficit en sus posibilidades de descarga. En un corto y breve ejemplo hemos podido observar cómo las necesidades emocionales interactuando en la relación entre madre e hijo, condicionan el destino de una vida o la pauta de una relación, que si al principio fué simplemente la forma de ligarse una necesidad del niño con su objeto fundamental, la madre, más tarde, al magnificarse el mundo de relaciones del adulto, el modelo se transformará en prototípico y condicionará la relación del hombre con sus objetos, su mundo.

Hemos pues tratado de esbozar uno de los postulados básicos de nuestra ciencia, postulado que por otra parte tiene hondas semejanzas con los descubiertos, por la filosofía existencial por caminos bien diferentes.

Pasemos a otro de nuestros enunciados básicos que nos ayudarán a seguir el escaqueo sinuoso y aparentemente complejo de la estructura del mexicano: Ya en parte lo hemos esbozado anteriormente, el ser humano, objeto de la larga dependencia en el seno de la familia, única, si se la compara con las de otras especies, es una entidad que vehementemente busca el amor. Una vez que ha aprendido la fórmula específica a través de la cual lo obtiene, tan pronto ha logrado establecer una transacción o un mecanismo defensivo entre sus demandas instintivas y la complacencia de los *objetos*, estructura lo que denominamos un patrón de conducta; este patrón lo repetirá como fórmula mágica en el curso de su historia individual, en todas aquellas circunstancias en que el ambiente demande una respuesta ante un estímulo determinado. Este repetir una y otra vez, lo calificamos como "compulsión a la repetición". Muy frecuentemente el hombre *no recuerda* el matiz específico de las primitivas relaciones con sus *objetos* fundamentales, sin embargo podemos deducir a través de su *repetir*, la naturaleza de esta relación: Un hombre estrictamente apegado al deber, particularmente severo con los que le rodean, juez implacable de su conducta y de la de los demás, no puede recordar si las relaciones con su familia, padre o madre, estuvieron precedidas de igual signo, sin embargo su conducta es el resultado de una repetición o por el contrario de una reacción enfrente de las exigencias del ambiente primitivo, por eso decimos que el repetir es una forma de recordar a través de la conducta. Existen hechos peculiares en la estructura del aparato anímico, a saber, pareciera como si el repetir y el recordar fueron fórmulas de reacción en cierto sentido antagónicas. En ocasiones repetimos para no recordar y en otras re-

cordamos para no repetir. Esto puede esclarecerse fácilmente a los ojos del lector. Los que trabajamos y dedicamos la mayor parte de nuestro tiempo a las lides psicoterapéuticas, encontramos dos tipos básicos de enfermos, unos ignoran que sus padres fueron violentos con ellos o amorosos o severos, no recuerdan las características del padre a pesar de llevarlas incorporadas dentro de sí; sin embargo, al establecer una relación honda y substancial con su médico, sin que sea de pie para ello, se le atribuyen rasgos de severidad o de violencia o de afecto, que no corresponden a la realidad objetiva del terapeuta. En estas circunstancias podemos afirmar que la imagen que de nosotros se tiene es una repetición de las proto imágenes básicas. Por el contrario existen pacientes que recuerdan con objetividad la manera de ser del padre, de la madre y del ambiente familiar y que a todas luces luchan por mantenerse objetivos enfrente del médico con el objeto de eludir repetir una imagen que fue traumática o frustrante. Esto tiene importancia en el hilo que seguimos porque la conducta de los pueblos muy frecuentemente es una serie sucesiva de repeticiones, que a la postre no son sino casos de historia expresados en la conducta viva, actual y emotiva. Como se ve, nuestra ciencia y nuestra metodología trata de establecer en primer término, partiendo del hecho actual, manera de ser, manera de expresarse, forma de resolver las urgencias de nuestra instividad, un común denominador que pueda aplicarse a las múltiples ramificaciones de la conducta. Una vez lograda esta ecuación, esta teoría de los cuantums, psicológicos, es preciso formularla, existe tal o cual manera de ser o de reaccionar, enfrente del dolor, de la angustia, de la inseguridad o de la competencia; el paso siguiente es establecer una relación, una reciprocidad entre la actual manera de ser y el esquema condicionado en el pasado. Tal es la técnica que pretendemos seguir para estudiar lo mexicano, aun cuando invertida. Partir de nuestros orígenes, de nuestra infancia histórica, tanto individual como remota y ge-

nérica, y detectar de los principios normativos y patrones condicionados por ella, nuestra actual manera de ser; manera de ser que va a adquirir características llamativas y sobresalientes en todas las áreas de la expresión del ser humano, su patología, su arte, su carácter, sus aspiraciones, sus reivindicaciones, etc. También será substancial el establecer comparaciones con otras culturas, que al tener orígenes distintos tienen expresiones caracterológicas también diferentes.

Antes de abordar un programa tan pretensioso, debemos ser lógicos con nosotros y aplicar la caridad bien entendida, o sea aplicar nuestra metodología en la propia casa; ésto desde luego ya nos coloca enfrente de los interrogantes de las propias motivaciones al emprender el tema de lo mexicano: ¿Qué es lo que ha hecho que el mexicano se interese y apasione por lo mexicano? ¿Cuál ha sido el estímulo que mueve y ha actualizado el interés de los intelectuales mexicanos por el ser y por la esencia de los mexicanos? Podemos partir de algunos hechos y de algunas hipótesis individuales. El mexicano en las últimas décadas ha tomado contacto, en condición de mayoría de edad, con otras culturas, ha tenido que establecer comparaciones y contrastes, ha tenido que sufrir la sensación de "su ser diferente" enfrente de otras culturas. Esta situación de diferencia, no del todo distinta al reconocimiento de nuestros propios órganos, que los individualizamos en cuanto empiezan a ser víctimas de la dolencia o el sufrimiento, ha conducido a dos maneras o formas de elaboración, tanto en el presente como en el pasado: una, negar el sentido doloroso de la diferencia, negación que se ha hecho por dos cauces distintos, o bien se expresa monda y lirondamente que somos iguales, para lo cual se provee el sujeto de una miopía peculiar, o bien se niega el carácter doloroso de la diferencia mimetisándose con los patrones culturales que nos hicieron conscientes del abismo que media entre nuestras formas de expresión cultural y la de los otros:

Esta última forma muy peculiar en la historia del mexicano ha tomado diferentes designaciones. "afrancesamiento", "pochismo", etc., cuyo motor básico es la técnica del avestruz, negar la realidad displaciente pero genuina para adaptarse a injertos consoladores y falsos. El segundo procedimiento es aceptar nuestro distingo, con todo lo que de positivo y negativo implica; aceptarlo, es en un cierto sentido sentirlo como propio, intimar con él y dominarlo, a través de su estudio y de su génesis. De sobra está decir que esta forma de apropiarse del hecho traumático, o para ser más llano, esta manera de agarrar al toro por los cuernos, es más madura y constructiva; implica el perdersenos el miedo y la vergüenza que secularmente se nos ha querido echar encima. Cuando un niño teme al doctor, o bien niega su enfermedad, o bien una vez pasado el episodio se apocha y juega al doctor con su muñeca; que no otra cosa hacen muchos mexicanos cuando juegan al americano o al francés, es indudable. Una forma adulta de afrontar el problema, es conocer la causa del dolor y encararce a él con todas sus consecuencias. Creo que ningún país en América ha afrontado "su adquirir conciencia" como el nuestro, en ningún otro existe un movimiento de introspección que tenga alcances paralelos al que en México se ha desarrollado. Es evidente que es pauta e índice de madurez que esperamos nos sirva como dijera Alfonso Reyes a llevar "la x en la frente".

Lo mexicano y el mexicano entran a la historia con signos peculiares: hasta antes de la llegada de los españoles, el mundo indígena, construido sobre su propia estructura y con sus propios conceptos, seguía un curso que se vió violentado y paralizado por la llegada de los conquistadores. No cabe duda que la conquista fué un proceso posible en virtud de la estructura del mundo indígena, mucho más que en función de las características militares y estratégicas del fenómeno. Cuando un boxeador teme

a la oscuridad y al abrigo de su pánico y fobia es vencido por un adversario mucho menos fuerte, debemos imputar la derrota acentualmente sobre la fobia y no en el adversario. La imagen mágica, sobrenatural y mítica que el mundo indígena proyectó en el conquistador fué lo que hizo posible ese episodio del siglo XVI. Podríamos afirmar que lo que conquistó al mundo indígena fué la imagen que el propio indígena proyectó en el conquistador. La imagen idealizada de fuerza, de inmortalidad y de leyenda que el indígena llevaba en sus entrañas, fué lo que le conquistó al colocarla circunstancialmente en el español. Se encontraban frente a frente como lo han señalado diferentes autores, dos mundos distintos, por una parte el aventurero y realista del español del XVI y por la otra el mítico y mágico de nuestro indígena. Para el uno la guerra era propiciatoria a intereses estrictamente materiales, para el otro propiciatoria a entidades internas y espirituales. El español segundón en su mayoría, encontraba en la conquista el camino del triunfo y de la adquisición de un mayorazgo que el destino le había negado. En la conquista se le iba el triunfo, o la derrota en su interminable competencia con el hermano mayor. No busca caminos nuevos, ni aventuras ni gloria aquel que no está frustrado. El que posee la gloria y el triunfo, en ellos se solaza y con ellos goza, no así el que, al carecer de ellos, los anhela tanto más cuanto más privado está. El ámbito cultural le había enseñado al español que lo que no había obtenido del destino lo podía obtener de la aventura y la hazaña. Su deseo de posesión tiene el tamaño de sus limitaciones en la tierra de origen. Ya las guerras de Reconquista y la expulsión de los judíos habían hecho coincidir las glorias y las jerarquías con el espíritu religioso, por eso en su mentalidad, obtener fama y riquezas iba aunado a un fuerte proceso religioso. En este pensamiento religioso no cupo en ningún momento una posibilidad conciliatoria: por eso a su llegada barrió con todas las manifestaciones exter-

nas del anhelo y espíritu religioso indígena. Claro está que la supervivencia de la religión indígena en formas de culto cristiano sigue siendo un fenómeno presente hasta nuestros días. La edificación de la iglesia cristiana, la ubicación de la ciudad, etc., fueron fenómenos de afirmación mucho más que de juicio objetivo. Era necesario barrer con el espíritu de la comunidad civil y religiosa del indígena, por eso cuando se edifica el templo se le coloca sobre el antiguo teocali. Llamativo en extremo resulta este ejemplo en Mitla, allí todavía se encuentran grecas zapotecas en el exterior del templo cristiano, tal vez porque el simbolismo de la greca zapoteca no resultaba tan siniestro a los ojos de los conquistadores como la serpiente emplumada o Coatlicue. En otra serie de manifestaciones externas se observa claramente esta persistencia de las formas indígenas en el culto cristiano. El día de la Virgen de la Soledad, en Oaxaca, el pueblo después de tomar su buñuelo en un plato de barro, lo rompe solicitando al mismo tiempo en su mente un deseo; a nadie escapa la similitud existente entre la persistencia de esta costumbre y la ruptura de los objetos de barro cuando el fuego nuevo. En la actual plaza de la Basílica de Guadalupe, en la llamada Plaza monumental, se han edificado dos basamentos de pirámide para que los danzantes bailen sus danzas el 12 de Diciembre, es como si cuatro siglos después, los representantes del nuevo culto se vieran precisados a erigir lo que ha cuatro siglos destruyeron. Que el convento del Siglo XVI y la actitud del indígena para con él y sus religiosos fué la misma que para con el calmecac y sus estudiantes y sacerdotes, es indudable. Pero tomemos la trama por otro aspecto del problema. Fuera del gran número de castas que se constituyeron a finales del XVI y principios del XVII, podríamos resumir la situación en tres grandes grupos sociales, por una parte el indígena que tuvo que renunciar total y cabalmente a sus antiguas formas de expresión, pero cuya homogeneidad cultural fué de tal na-

turalza que constituyó y constituye, un problema aparte al cual nos referiremos más adelante. Por otra parte el mestizo; el mestizaje en nuestro país, siempre, salvo rarísimas excepciones, se encontró constituido por uniones de varones españoles con mujeres indígenas. Los primeros mestizos eran producto de la relación de los conquistadores con mujeres nobles indígenas. Desde cierto punto de vista la unión de estas mujeres con hombres españoles vino a ser una transculturación hondamente dramática. La mujer en estas condiciones se incorporaba brusca y violentamente a una cultura, para la que no se encontraba formada; por otra parte, su unión la constituía en tránsfuga de su cultura original. Por tanto el nacimiento de su hijo era la expresión de su alejamiento de un mundo pero a la vez no una puerta abierta a otro diferente. El español dejaba tras de sí un mundo de objetos valorizados. Su manera de vivir, sus costumbres, su lengua, su religión, sus mujeres, etc., eran lo que para él eran valiosos, el mundo que descubría no tenía valor en sí sino en función de que podía hacer accesible todo aquello que su antiguo mundo le había negado. Los valores que dejaba tras de sí se magnificaban a la distancia. Cualquiera de nosotros que ha estado lejos de sus primitivos objetos sabe como crecen y se adornan a la distancia. Imaginemos por un momento, de acuerdo a los medios de transporte, al riesgo de la aventura y a lo azaroso de la empresa lo distante y magnificado de los antiguos valores españoles. Por eso el conquistador era capaz de cambiar toda una fortuna recién adquirida por un caballo o por algo que simbólicamente estuviera ligado a los valores que dejaba a sus espaldas. Las mujeres indígenas en estas circunstancias no resultaban para él sino objetos devaluados. Si bien es cierto que en un momento dado podían calmar sus necesidades sexuales y sus necesidades de protección y ternura, no hay que olvidar que los viejos objetos sexuales y amorosos, glorificados a la distancia, eran la meta de sus ensueños e idea-

les. En estas circunstancias el mestizo nace a la historia de una mujer infravaluada por el padre. La reacción del padre español ante la mujer indígena, sería la que un adolescente de nuestros días tiene enfrente de la sirviente a quien posee. Por una parte satisface sus necesidades sexuales, pero siempre en una condición desvalorizada; existen testimonios de que el padre español pensó en el patrimonio de sus hijos mestizos pero ello no es prueba de lo que venimos diciendo; sabemos que algunos padres pensaban en el patrimonio de los mestizos, en particular de aquellos que por la jeraquía del padre ocupaban un papel preponderante, pero seguramente los más de los casos nacían con el estigma del desamparo y del abandono paterno. Es más aún en aquellos excepcionales casos en los que existía la preocupación por el hijo, el motor debe haber estado dado en gran parte por el sentimiento de culpa, la que en no poca parte contribuyeron los religiosos y que al menos hacía posible la supervivencia y la seguridad de los mestizos. Este sentirse superior enfrente de sus mujeres, en plan de gran señores, necesitados de obtener los servicios incondicionales de ellas, ha matizado muchos de los aspectos estructurales del matrimonio mexicano. Seguramente ya en la organización prehispánica existía una supremacía del varón en la organización familiar, pero esta supremacía no tenía la tonalidad de la nueva, más aún cuando se estableció el fenómeno de contraste entre los matrimonios mestizos y los criollos. Efectivamente, una vez fincados en la tierra, muchos de los españoles solicitaron la presencia de mujeres españolas, esperándolas con el mismo anhelo con el que buscaban el aceite de olivo o el vino peninsular; el trato que tenían para con ellas y la actitud en sus relaciones interpersonales era bien distinta; se trataba de mujeres anheladas espiritualmente, en las cuales se proyectaban todos los sentimientos tiernos e idealizados, presentes en el interior del conquistador. Independientemente de sus mereci-

mientos objetivos el español las revestía con todas aquellas características de los objetos primitivos. Muy frecuentemente estas mujeres se hacían ayudar en el cuidado de sus hijos criollos por mujeres indígenas que hacían las veces de niñeras, la voz de "nana", quiere decir madre en otomí; es decir que el niño criollo, también se encontró en presencia de dos objetos infantiles: por una parte una mujer altamente valorizada, pero distante, barrocamente refinada, ocupada en festividades religiosas y civiles, y por otra parte a la mujer indígena que le daba calor y que culturalmente era considerada como un objeto mercenario; sin embargo y a pesar del aspecto externo mercantil, las llamadas Marías de a peso, así con mayúscula, fueron la fuente de seguridad, calor y afecto del hijo criollo. He aquí una de las situaciones de contradicción del criollo mexicano, la mujer que alimentó el instinto es devaluada por la cultura en que vive, por el contrario la mujer fría y distante, la que nunca calmó el llanto, la que nunca fué regazo, ni calor, ni rebozo, es la que es apreciada y estimada por la cultura. Más adelante veremos, cuando hablemos del desdoblamiento de objeto del mexicano, en qué medida podemos utilizar estos datos para explicar la conducta sexual y sentimental del hombre en nuestra cultura. Sintetizando, nos encontramos en presencia de dos tipos de hombre: el criollo y el mestizo, hombres que se encuentran a horcajadas en el lomo de un conflicto; por motivos diversos, ambos se encuentran con que la mujer que les ha dado calor y afecto en la infancia, es un ser devaluado.

Sin embargo el destino de uno y otro será diverso. El padre criollo se enorgullece del hijo y trata de darle todo aquello de lo que careció: la ropa, el lujo, las comodidades, etc., que le brinda, reparan toda la historia de frustraciones del pasado conquistador. El padre lucha para que los privilegios por él obtenidos pasen a sus descendientes y pugna y lucha contra los reyes ibéricos que quieren

limitar la extensión de la encomienda; pareciera como si toda la acumulación de peticiones y litigios tuviera como base el conflicto existente entre el punto de vista del conquistador y sus descendientes y el punto de vista de las autoridades peninsulares; los conquistadores expresarán: "dejen que reparemos en nuestros descendientes y en nuestras generaciones aquello de lo que carecíamos", y la respuesta española sería una sistemática negación a esta necesidad reparativa. Es decir, que el padre español tuvo enfrente de su hijo criollo una actitud acogedora y cordial en la que prevalecía la autorización explícita de la identificación, de la semejanza: "puedes y debes ser semejante a mí, y a lo que yo he logrado". Es decir, el criollo siempre tuvo ante sus ojos a un padre, figura fuerte que lo impulsaba a defender y a identificarse con los privilegios obtenidos y no solamente lo impulsaba a ser lo que él había sido sino particularmente a ser lo que para el conquistador constituía el galardón de la hidalguía y del buen vivir. Ya otros autores se han ocupado de cómo esta necesidad de ser llegó a tener manifestaciones inclusive jocosas; el exagerado uso del don, la fanfarronería, el barroquismo, el exhibicionismo de los bienes poseídos, etc., eran características sobresalientes del hombre español del siglo XVI. Este hombre, el nuevo rico del XVI, en buena parte fué el que dió el aspecto externo de gran ciudad al México del siglo. Las necesidades de magnificencia del segundón crearon un estilo arquitectónico señorial y ostentoso, rápidamente la ciudad fué una expresión fenomenológica de las instancias psíquicas del cuadro de la época. Las grandezas de la tierra, la excelencia de sus mercados, etc., son descritas por los cronistas tanto por la realidad externa, cuanto por la necesidad de afirmación de la nueva posesión y forma de vida. Siempre en las comparaciones tiene que surgir irremediablemente la vieja España, tanto al referirse a las dimensiones de la plaza mayor, cuanto al expresar las características de un mercado.

Todo lo indígena, lo devaluado a los ojos del español, trató de ser borrado, los antiguos nombres fueron substituídos, siempre haciéndolos anteceder por la partícula de la Nueva: Nueva Galicia, Nueva España, etc. Aquí la palabra *renovar*, con su asociada *reparar*, cobran toda la fuerza de su filología. En este marco como es de esperarse no cabe ninguno de los valores previos. No hay sitio ni para la arquitectura prehispánica ni para las ideas cosmológicas y cosmográficas, ni para los estilos de vida previos. Si querían sobrevivir deberían esconderse, disfrazarse, adoptar formas nuevas y rebuscadas. No se piense que el conquistador que quiso darle a la ciudad el aspecto que más tarde había de cantar Balbuena fué un fenómeno esporádico, día a día somos conquistados y cada uno de los conquistadores trata de magnificar la ciudad, así surgen las nuevas colonias ostentosas y suntuosas, en que el despliegue de lujo es el resultado de la inseguridad básica y de la necesidad de demostrarse a los propios ojos la nueva grandeza. Es así como cuando el nuevo conquistador, inmigrante de la Europa Oriental, pobre de solemnidad en su lugar de origen, adquiere esplendor y necesita afirmarlo con toda la incertidumbre del nuevo rico, todavía no totalmente convencido en el interior de su psiquismo, de las nuevas condiciones. Así nace una arquitectura que podríamos calificar de "obesa", siguiendo la línea del pensamiento que expresamos al iniciar este ensayo. Para seguir con las metáforas también veremos que la estructura corporal del hijo del inmigrante, criollo muy frecuentemente, es la del obeso. Veamos los jardines públicos donde prevalece la asistencia de inmigrantes; cada uno de ellos va a competir con sus connacionales en ostentación, ropa, automóviles, hijos, etc. Con sus vecinos, tratará de prevalecer en los niños lo excesivo: exceso en juguetes, en grasa, en ropa, en todas las formas de expresión. Y cada uno de esos niños será un monumento churrigueresco en cuanto a las manifestaciones externas de la super-

alimentación. También veremos que en estos niños criollos, cuando la madre adquiere una jerarquía social y económica de importancia, la nana es inevitable; ella será la madre substituta que calmará y satisfecerá las necesidades básicas al lado de ella el niño se desarrollará y expresará, la otra, la valuada, vivirá compitiendo con las amigas en las formas más diversas de competencia social, el juego de cartas, las labores intelectuales o las obras de beneficio social. Este criollo, tendrá en su psiquismo todos los conflictos derivados de esta situación. Sus identificaciones primarias, le llevarán a querer jugar, competir y participar con lo nativo, tanto en comida, como en otras mil formas de convivencia social, pero por otra parte sus padres tratarán de sobrevalorar un pasado con el cual el pequeño criollo no tuvo contacto. Así éste se verá ante el conflicto de lealtades, típico del criollo, por una parte si se asimila de acuerdo a sus necesidades, encuentra el rechazo de los padres, si por el contrario acata a los padres y se mantiene aislado de las nuevas formas de vida, encontrará la burla que el ambiente hace de él. Si lo tratamos de ejemplificar nos encontraremos con el pequeño que tiene que usar la ropa que la madre le impone en la escuela pública, si la usa sin rebelarse, encontrará el amor de los padres, pero la burla del ambiente; si se rebela contra los padres e impone la nueva modalidad, será aceptado por el ambiente pero lo resultante será el desamor de sus progenitores. El mexicano tanto criollo como mestizo, se encuentra en la imagen conflicto agudo de identificaciones múltiples y complejas, víctimas de contradicciones de signo contrario que necesariamente dejarán insatisfecha una forma de la personalidad.

Esa necesidad del inmigrante, de reeditar las formas de expresión de la cultura de la que procede, son las que han condicionado un mimetismo totalmente bizarro; el estilo francés, el californiano o cualesquier otro no han sido sino manifestaciones de esta necesidad de

reconstruir lo pretérito. En culturas típicamente criollas, como la Argentina, en la que los valores telúricos propios son casi nulos, lo que estamos expresando se ve con una claridad meridiana. En la Argentina, país de tres millones de kilómetros cuadrados, la Ciudad está edificada a las orillas del Río. Pero no es esto todo, ya que se podría objetar que como Ciudad nació del mercado con Europa y en la actualidad, a pesar de que hay muchos miles de kilómetros entre el Mar de Solís y los Andes, las autoridades se preocupan de ganarle tierra al río, mediante esfuerzos ímprobos. Es en realidad una necesidad del inmigrante de estar cerca de la lejana y admirada Europa. En Argentina todo aquello que lleva el sello emocional de la importación es lo que vale, tanto en música, como en pintura, como en estilo de vida; la necesidad de reeditar Europa es particular. En ocasiones esta necesidad de repetir alcanza aspectos ridículos si no dramáticos. Hemos tenido oportunidad de convivir en la cultura criolla de la Argentina, hemos visto muy de cerca sus problemas emocionales y estructurales; autores interiorizados en el tema han descrito la gran frecuencia de la obesidad como mecanismo de expresión en el criollo Argentino. Es pues una cultura que sin lugar a dudas podemos calificar de "reparativa". Podemos expresar en forma sintética que la característica fundamental de la cultura criolla es la necesidad de "reparar"; que el mecanismo estructural substancial bajo el cual nace el criollo es la reparación.

Sin embargo, el problema se hace más complejo cuando nos damos cuenta que el ser criollo no es simplemente un problema "genético". Efectivamente, cuando un mestizo se transcultura y adquiere formas de expresión diversas a los patrones de los cuales procede, podríamos decir que se "acriolla", valga el término, adquiriendo los ideales y patrones culturales de la clase social a la que se incorpora. Sin embargo su forma de ser con respec-

to a la cultura de la que procede es diferente, ya que la trata de ocultar y desvalorizar; todo aquello que le recuerda su punto de partida le resulta siniestro, a diferencia del verdadero criollo que exalta sus antiguas formas de vida, éste las trata de ocultar y de negar, el pasado le avergüenza, y en su necesidad compulsiva de refinarse y mostrarse distinto, hay temor y ansiedad de ser descubierto; tal vez por ello su aversión a todo lo pasado, por eso su hostilidad a su antiguos compañeros de cultura, por eso su crueldad para con todo lo que le hace verse proyectado y reflejado. Estamos en presencia de la crueldad del cacique transculturado; pero no sólo, sino que también su inseguridad interna con respecto al bando al que recientemente se ha afiliado, le hace ser servil y rastrero para con su nueva clase. Todo lo que proceda de esta clase es valuado, todo lo que procede de la antigua es ridiculizado y negado. La literatura mexicana se encuentra plena de estos personajes, en ocasiones pintorescos y risibles, pero las más de las veces trágicos. Este sujeto tiene necesidad de "reparar" por partida doble, no solamente aquello de lo que careció, sino también la cultura de la que procede. Por eso este "acriollado" resulta más ostentoso y compulsivo que el verdadero, desprecia la obra maestra de artesanía indígena para admirar la manufactura en serie de la nueva clase social a la que pertenece.

Parece que ya hemos aludido a suficientes características psicológicas en el criollo, pensamos que con ellas podremos individualizarle para comprender muchas de sus maneras de ser, retomaremos el tema una vez que caracterizado el mestizo, podremos establecer analogías y diferencias.

El mestizo, como dijimos al principio, nació producto de una conjunción difícil. Su padre es un hombre fuerte, su cultura y forma de vida prevalece, contempla

a su hijo, más como el producto inevitable de una necesidad sexual que como el anhelo de prevalecer y perpetuarse. La participación del padre en el hogar es limitada, se trata más bien de un ser ausente, que cuando eventualmente se presenta es para ser servida, admirada y considerada. Los contactos emocionales con la madre son mínimos al igual que con el hijo, su presencia va acompañada, las más de las veces, de violencia en la forma o en el modo; se le ha de atender como a un señor, se le deben toda clase de consideraciones sin que él tenga ninguna para con el ambiente que le rodea, frecuentemente se embriaga y abandona el hogar sin tener en consideración a los hijos y a la madre; ésta acepta pasiva y abnegadamente la conducta del padre; considera que su sino es servirle y responder a sus necesidades y muy frecuentemente rehace ella el peso económico del hogar. Cuando el padre se vincula eventualmente con la esposa o con los hijos, más lo hace por culpa que por amor y la característica fundamental de este hogar es su padre ausente que aparece eventualmente con violencia y una madre abnegada y pasiva. La imagen que el niño mestizo se forma de la relación familiar es peculiar, por una parte el padre mantiene poco contacto con él, por la otra le niega las identificaciones masculinas a las que el niño aspira; cuando el niño trata de manifestar hostilidad hacia el padre, éste la reprime con violencia y con un mágico y pretendido "principio de autoridad". A la mujer se le exige fidelidad, y abiertamente se acepta la infidelidad del esposo; éste frecuentemente tuvo dos casas, aquella en que tenía a sus hijos criollos, en donde había una madre valuada y unos hijos productos del amor y de la necesidad de perpetuarse, y ésta en la cual la mujer le ha calmado necesidades instintivas, pero a la cual considera que le ha hecho un servicio al poseerla. Los hijos de este hogar en el mejor de los casos son contemplados con un sentimiento de culpa del cual trata de deshacerse con expresiones hos-

tiles. El anhelo del niño mestizo por ser tan fuerte y grande corren paralelos con la hostilidad reprimida que para con él tiene. Al crecer este mestizo no encuentra acomodo; si por razones "genéticas" y económicas continúa en su posición de mestizo, estará en un conflicto permanente, ya no pertenece a un mundo indígena en el que aun cuando sojuzgado había seguridad y posibilidad del logro de identificaciones primarias, por otra parte tampoco se le da cabida en ese nuevo mundo criollo al que él en su profundidad aspira. En su interior se rebela contra su origen indio que le ha privado de pertenecer al lugar y sitio de sus anhelos, por otra parte estará cargado de hostilidad manifiesta hacia el padre violento y extranjero. En esta situación psicológica siempre pronta a estallar se desarrollan los primeros impulsos y emociones del niño mestizo. cuando grande trata a la esposa siguiendo la pauta creada en la contemplación del padre, aunque ésta sea tan mestiza como él, se habrá hecho a la idea de la superioridad substancial del hombre sobre la mujer, lo indígena y lo femenino se habrán transformado en una ecuación inconsciente; como sus identificaciones masculinas son substancialmente pobres, hará alarde de hombría, alarde compulsivo que adquirirá características de machismo y el machismo del mexicano no será en el fondo sino la inseguridad de su propia masculinidad. Como básicamente las identificaciones que prevalecen por ser las más constantes y permanentes son las femeninas, rehuirá todo aquello que pueda hacer alusión a la escasa paternidad introyectada. Sus grupos de amigos serán siempre masculinos, sus aficiones y juegos serán de "machos", de su mundo social y emocional excluirá a la mujer; sus fiestas sus placeres y sus diversiones excluirán a la mujer, hará una vida social prevalentemente masculina. Los contactos con la mujer siempre afirmarán la superioridad del hombre, los sentimientos delicados serán rehuídos como características de femineidad o de amaneramiento. Así sur-

girá un tipo peculiar de caracterología que puede seguirse hasta nuestros días y que gran parte ha invadido ya no solamente al mestizo sino a todas las clases sociales. El hombre gastará sus ingresos o la mayor parte de ellos en destacar su posición masculina, será terriblemente aficionado a todas aquellas prendas de vestir simbólicas de lo masculino: el sombrero, ya sea el de charro o el borsalino; la pistola, el caballo o el automóvil serán su lujo y orgullo, serán manifestaciones externas a las que compulsivamente recurrirá para afirmar una fortaleza de la que anteriormente carece. En su lenguaje recurrirá a formas proceras considerándolas como "lenguaje de hombres", hará alarde de la sumisión que las mujeres tienen para con él; su conversación y en sus expresiones actuará en forma muy similar a la del inseguro adolescente que fantasea con todo aquello que le produce ansiedad, sobre todo en materia sexual.

Sin embargo, esa figura tan vehementemente anhelada que es el padre, siempre está pronta a ser víctima de la hostilidad, todo aquello que en una u otra forma represente la masculinidad ausente y fantaseadamente potente del padre será objeto de agresión. Se atacará lo gachupín o lo gringo, a la vez que se le admirará y anhelará. Por una parte se hará burla de ello y objeto de desprecio, y por la otra internamente se tratará de alcanzarlo. Cuando el mestizo domina y monta el caballo de los conquistadores se transforma en un magnífico jinete, cuando usa su arma de fuego y logra dominarla será un experto en tiro. Pautativamente, con vehemencia se hará poseedor de aquello que era del conquistador, para dominarlo y ser maestro en ello. Las modas del conquistador serán sus modas, pero siempre matizándolas y dándoles un sesgo nuevo y original derivado de su origen indígena y de su ambivalencia peculiar. Todo aquello que se ponga o que use lo mexicanizará, la comida adoptará un gusto particular, su arquitectura y sus medios de expresión indicarán esta

corriente de doble orientación: anhelo y hostilidad. El mestizo permanentemente *reivindica* con respecto a su origen, a diferencia del criollo que nace bajo el signo de la reparación él viene a la vida con la reivindicación a cuestas. Reivindica de su pasado, de la injusticia, de las cosas y de los hombres, de su destino, de sus autoridades, de su familia, etc., en la reivindicación encuentra el motor de su conducta: telúricamente se encuentra arraigado a la tierra pero reivindica de ella ya en su interior, ya en su exterior, es en parte de su persona indio, se sabe indio y reniega y reivindica contra lo indígena, cuando insulta dice: "indio cuatro orejas o indio desgraciado". En otra parte de su persona se sabe español y también reivindica contra lo español expresando: "gachupín desgraciado o mueran los gachupines". En conflicto permanente con su historia, en angustia y tensión perennes, tendrá que producir obras maravillosas de arte, de dolor y de alegría; la angustia es uno de los grandes motores que mueven al ser humano y a la cultura, por eso será rico cuando se exprese, cuando lllore o cuando compulsivamente busque una alegría que desde siempre le fué negada.

Este niño mestizo, pelado, cuando la terminología derive de razones sociales y no genéticas, desarrolla mecanismos defensivos que le preservan del dolor de su condición básica. Una manera de defenderse del propio dolor y de la crítica de los demás es adelantándose y zafándose de sí antes de ser atacado por el otro. Así se vuelve burlón de sí mismo; aguza el ingenio y compulsivamente busca la defensa y la manera de injuriar al prójimo; ocasionalmente se aísla en el "importa madrismo", porque el que las cosas le importen significaría dolor y llanto.

Sin embargo cabrían algunos distingos, algunos ya los hemos hecho tanto entre las diferencias culturales co-

mo geográficas de algunas de las formas de ser del mexicano. Evidentemente no es lo mismo lo indígena, mestizo o criollo, pese a que las tres entidades son típicamente mexicanas.

La estructura familiar del indígena, es bastante homogénea, las condiciones de trauma derivadas de un ambiente hostil, en actuación permanente han homogeneizado a la familia y la han unido hondamente como medio y técnica de defensa enfrente de las condiciones adversas.

El otomí, el chamula o cualesquier otro tipo de grupo indígena, vive en intensa unión dentro del seno de su familia ya que el medio hostil lo impulsa a ello. Las diferencias culturales entre los sexos, cuentan poco, en todo caso en la distribución del trabajo, así la mujer otomí será la encargada del acarreo de agua, en tanto que el hombre será quien corte los productos de los cuales después del raspado derivará el ixtle. El niño desde los primeros años de edad su comida tendrá que ser la del adulto y su período de dependencia con respecto a las figuras significativas de su hogar será corto. La cultura en la cual vivimos ha alargado considerablemente la dependencia del hijo a los padres. Tienen que pasar muchos años antes de que el adolescente pueda satisfacer sus necesidades básicas. Muchos años después de haber alcanzado su madurez biológica, podrá ser maduro social y económicamente. En un sentido la cultura se encuentra en plena discordancia con respecto a la biología del ser humano; discordancia que cada vez se hace más aguda conforme la cultura va evolucionando. No solamente en el campo de la dependencia, también acontece en otras áreas, por ejemplo en la de las funciones procreativas de la mujer. La mujer biológicamente se encuentra preparada para tener un número de hijos muy superior al que las condiciones culturales prevalentes realmente le permite tener. En todas aquellas ocasiones en las que las necesidades de la

cultura y de la biología corren en sentido opuesto en contraremos el núcleo de un conflicto. De aquí la creciente cifra de esterilidad psicogénica de la mujer, la alactia en muchas de ellas los conflictos intrapsíquicos y culturales que derivan de la posición femenina enfrente de la vida. Retomando nuestro tema: la posibilidad de satisfacer determinado número de posibilidades instintivas básicas, unión sexual, independencia familiar, posibilidad procreativa, etc. Por otra parte la unión de la familia derivada del impacto que un medio hostil establece permanentemente sobre su organización, hacen que la urdimbre familiar tenga determinadas características. En la organización familiar indígena, el padre no es una figura ausente, como lo hemos señalado en el caso del mestizo, la madre no está desvalorizada, ya que al lado del padre comparte penurias y alegrías a la vez que es un factor decisivo en el mantenimiento del hogar; el niño por su parte desde temprana edad se ve impulsado por las necesidades económicas a establecer indentificaciones tempranas con su padre. Su masculinidad nunca se ve puesta en duda por un rechazo del padre. Se trata pues de una familia que pasivamente ha aceptado el impacto del medio y que abnegadamente lucha dentro de su limitado ambiente. El trauma que la conquista le imprimió al indígena fué de tal magnitud, que sus posibilidades de lucha de la nueva cultura se anulaban; su mecanismo de defensa es aceptar lo que tiene, desconfiar de todo aquello que el español, el criollo o el mestizo ladino le pueden ofrecer. A través de varios siglos de historia sabe que nada bueno le pueden ofrecer, ya que si realmente fuera bueno los otros grupos culturales lo tomarían para sí. Elude el conflicto con los elementos culturales que se encuentren por encima de él, llámense benefactores o agresores, en síntesis, en su aislamiento se encuentra la defensa substancial de su manera de ser. Vive adherido a los paupérrimos patrones culturales en los cuales ha encontrado un margen de seguridad interior, acep-

ta al resgatón porque ello le da posibilidad de compartir la vida social de su grupo en el tianguis y no se rebela ante la pobreza porque gracias a ella ha podido conservar un cierto grado de independencia. En las contadas ocasiones en que la hija ha emigrado a la Ciudad para ocuparse como sirvienta en un anhelo de transculturarse, o bien es víctima sexual de sus amos, o bien se olvida de la clase de la que procede aceptando una situación de sometimiento total que la aniquila a pesar de que su nivel de vida aumente en lo formal.

En múltiples ocasiones hemos tratado de comparar la actitud del indígena con la del mestizo en el siguiente ejemplo: cargando en su espalda el producto del trabajo de varios meses, camina por la carretera un indígena alfarero, un vehículo, quizá de último modelo, lo atropella rompiendo todo su trabajo, única forma de alimentarse en varios meses. El transculturado mestizo, nuevo conquistador en ruta de asfalto, le increpa diciéndole: "indio imbécil"; el indígena agobiado por la injusticia, trata de limpiar el raspado del vehículo y exclama: "dispense patroncito". Cuando el sumiso chamula o huichole se quiso transculturar ante la cerrazón y agobio de su mundo, se encontró con la tienda de raya, con el patrón inícuo y lo único que aún le quedaba, su libertad, la vió perdida. El mestizo, recibió a lo largo de los siglos un impacto, del cual quedó sensibilizado a diferencia del indígena. Claro que si su reacción fué diferente a la del indígena, es que la fuerza del impacto fué menor. En una actitud recelosa nuestro mestizo camina por la carretera y a cada momento voltea la cabeza ante un imaginario coche que aun no pasa y ante el cual lanza sus denuestos por que piensa que le quieren atropellar. Reivindica desconfiado y paranoide contra cualquier amenaza del destino y es más las posibles afrentas imaginarias las convierte en reales y actúa de acuerdo a esa vigencia.

Ocasionalmente tanto el mestizo como el criollo se transculturaron y en su posición recién adquirida actúan de acuerdo a las imágenes internas. Ven en el recién sometido toda la agresión que ellos mismos tuvieron cuando eran sometidos; saben captar todo el dolor y la rabia del humillado percibiéndola antes aún de que se exprese. en estas circunstancias atacan y son violentos y caciques. de mucho mayor crueldad que el que siempre lo fué, justamente porque atacan en el siervo al humillado que hay dentro de ellos mismos y que tratan de reprimir ahora proyectado en la víctima de sus iniquidades.

Decíamos al principio de este capítulo que no solamente existen diferencias de tipo cultural sino también geográficas en cuanto a lo mexicano se refiere. Efectivamente, a ninguno le pasa desapercibida la diferencia existente entre el hombre del altiplano, la costa y el norte. Quizá donde más agudamente se observan los rasgos de lo mexicano es en el altiplano ya que fue allí, en virtud de la cultura fuerte y recia encontrada por los españoles, donde el choque de mundos fué más violento. Por otra parte la aridez y erosión de la montaña, la dificultad de la vida y otras condiciones hicieron que los patrones a los cuales aludimos fueran mas intensos. El hombre del norte aunque mexicano, es un inmigrante en su propia patria, mexicano que ha podido reparar en su propia patria, aquello que el pasado le negó.

Las poblaciones del norte han crecido por corrientes migratorias del centro, y allí, estos mexicanos desterrados por el dolor del altiplano han podido darles a sus hijos nuevos cauces y derroteros. Les llamamos progresistas, porque el mexicano es capaz de reparar, como cualesquier otro hombre en cuanto encuentra condiciones propicias para hacerlo. El hombre del norte hace civilización más que cultura, dado que la vida le permite expresarse sin dolor, por eso allí no encontramos las elaboradas formas

de artesanía con las cuales se expresa el hombre del altiplano. En el altiplano el hombre mestizo o indígena tienen que derivar su tensión, su angustia, su hostilidad, en formas de artesanía o de folklore a veces maravillosas o en ocasiones risibles. Risibles cuando la agresión se desvirtúa y transforma para mutarse en miniaturista, en detallista; tal el caso de las pulgas vestidas o de los changuitos labrados en cáscara de nuez. El hombre de la costa ha encontrado dos circunstancias, por una parte un ámbito menos difícil dentro de la exhuberancia tropical y por la otra medios de desbordarse en un paisaje que facilita la proyección y extraversión.

Hagamos una breve excursión a través de las formas de la vida del mexicano actual. Las clases que van de lo popular a lo medio alto nos serán de gran utilidad para enfrentar el problema. Desde su infancia el mexicano tiene que enfrentarse con una vida bien característica, muy cercano a su madre en los primeros años de la vida, cercanía tierna y cálida, que hace que el niño la acompañe en todas las labores de las cuales en ningún momento ha de poder excluirse a pesar de su maternidad, es su carga habitual ya en la espalda o en el regazo, en el mercado y en la faena doméstica, la alimentación del niño carece de horario, vive en un mundo cálido en el cual sus demandas se satisfacen plenamente desde el momento mismo en que su llanto lo solicita. Junto a él se encuentra un pecho pronto a calmarle, a pesar de cualquier consideración de orden social o moral y la leche blanca del cálido seno moreno le calmará por igual en la casa que en el mercado, que en la feria o que en la iglesia. Cuando sus movimientos se hacen más amplios pasa del rebozo de la madre a la improvisada cuna elaborada con un cajón de jabón de "La luz del día". Su cercanía con la madre, relación única en la historia del mexicano, se ve interrumpida cuando su lugar es ocupado por el hermano que ha de suplantarle en el pecho, en el

rebozo y en el cajón, más adelante veremos que este patrón, de substitución traumática drámatica, tendrá repercusiones de importancia en la vida del mexicano.

Pasa del mundo cálido del regazo, al hostil externo de un ambiente externo en que es preciso luchar y duramente para subsistir. El índice del dramatismo de esta situación puede ser valorizado en la circunstancia médica de que con frecuencia el pediatra se ve forzado a mantener la lactancia al seno materno porque ella constituye la única fuente de proteínas con la cual contará el menor. Mas no sólo bastará que contemplemos una calle de barriada para darnos cuenta de que el niño mexicano tiene que enfrentarse precozmente a todos los riesgos del mundo que le rodea. Una vez perdida la protección que la madre le daba se encuentra totalmente desolado y a campo abierto contra todas las inclemencias del exterior; su escuela es la calle, la figura del padre brilla por su ausencia; figura eventual y transitoria, aparece en el hogar para ser obedecido o cuando la penuria de una borrachera de varios días le hace anclar en el puerto de su hogar. En el mundo en que vivimos, la figura del padre, primitivamente exterior se va incorporando posteriormente y cobra actualidad en la de la autoridad, las instituciones sociales, etc. El niño mexicano desde temprano aprenderá, las técnicas que le puedan ser útiles para burlar a ese padre violento, agresivo, esporádico y arbitrario. Así rápidamente se organizarán las precoces pandillas en las que el muchacho en compañía de sus amigos de edad se dedicará a hostilizar y zaherir a las figuras paternas de su ambiente; es así como toma principio la psicopatía común y corriente del mexicano. Privado de las identificaciones masculinas fuertes y constantes y seguras, que otro niño de su edad debería tener, tiene que verse precisado a hacer alarde de ellas, empieza así a surgir el alarde de masculinidad: "machismo", que matizará toda la vida ulterior del mexicano. Cualquier duda, acerca de la hombría, acerca de la calidad masculina, será una afrenta terrible y honda. El

mexicano surge a la vida con la necesidad de expresar que él "es muy hombre".

La imagen de la madre es visualizada ambivalentemente, por una parte se le adorará, tanto en lo particular, como en las formas de lenguaje y de religiosidad, por la otra se la hostilizará y odiará en virtud de un doble tipo de hechos. Se la acusa por no haberle dado un padre fuerte y por otra parte por haber colocado al hijo ante la terrible situación de pasar del paraíso del afecto al infierno del abandono. La situación básica es el terrible anhelo de madre, que hace emergencia a través de la conducta cotidiana y religiosa del mexicano: su alcoholismo y su guadalupanismo. Ya hemos señalado con anterioridad que uno de los mecanismos de defensa del mexicano es la negación; niega todo aquello que verdaderamente le importa, transformando el signo del sí importar en un "no me importa". El "importamadrismo" del mexicano es una mentira con la cual tapa a los ojos de su conciencia el dolor del abandono, la angustia o la depresión. Una de las cosas que más importan en la vida del mexicano es su relación con la madre: usándola como estandarte y símbolo se rebelará contra el padre y obtendrá su afirmación en la gesta de independencia; usándola como símbolo fiel que le acompaña y sigue, la soldadera, gestará la Revolución contra la arbitrariedad del padre cruel y distante: la Dictadura. Cuando el mexicano dice: "me importa madre", está negando su realidad profunda, ésa que sí se expresa cuando afirma: "me dieron en toda la madre".

Estas contradicciones aparentes que van desde el "para madre" hasta el "a toda madre", siempre se encuentran presentes en el consciente, pero en el mexicano afloran al lenguaje y a la conducta en función de la fuerza dramática que las hizo nacer.

Algunos de estos niños, abandonados y pobres de solemnidad, han sido seguidos por nosotros en el curso de nuestras investigaciones dinámicas. Tuvimos oportunidad

de conocer hace algunos años a toda una palomilla de pequeños, que abandonados, habían formado un pequeño grupo; este grupo, permanentemente perseguido por la correccional y por las instituciones de beneficio social, fué objeto de nuestra atención, porque uno de sus miembros de apodo "El huesitos", en forma sistemática, cuando el mundo se le cerraba se acercaba al Hospital Infantil. En ocasiones la "cerrazón" era el resultado del hambre, pero en otras de la persecución policial. Cuando seguimos su pista descubrimos que en República del Salvador, en una casa ya no habitable por la inseguridad que representaba y no pudiéndose demoler por ser monumento Nacional, vivían un grupo de niños cuyas edades oscilaban de los seis a los doce. Vivían en una de las vecindades deshabitadas de la casa de referencia; en el cuarto en que dormían únicamente había papeles que les hacían menos duro el suelo, las paredes totalmente ocupadas por versos y procacidades que los mismos chicos hacían de su situación y del mundo que les circundaba; sin embargo en un rincón de la pieza, sostenida en culto permanente con el exiguo dinero con que los chicos contaban, había una imagen de la Virgen de Guadalupe ante la cual nunca faltaba la veladora.

Estos chicos se dedicaban en la noche a asaltar a los transeuntes alcohólicos que eventualmente encontraban, réplica del padre que les había abandonado, y mantenían un culto permanente a la imagen que desde el rincón de su miseria constituía una réplica de la madre.

Hemos aludido al mecanismo de defensa de negación y al de burla acerca de la propia situación, adelantándose al ataque y la burla del agresor. Estos chicos se burlaban de su miseria y de su condición negándola en versos plenos de ingenio. A la entrada de la que podríamos llamar su casa, decía: "Rogelio es doctor y llega a las 15". En esta frase se dramatiza el no ser de Rogelio y la burla del pro-

pio Rogelio hacia sí mismo; además se elige la figura socialmente valorizada del médico, padre para el inconsciente que es justamente la imagen de la que se carece internamente. Estos chicos como decíamos tienen para con toda imagen simbólica de la paternidad una actitud hostil. Todos sus ingresos provenían de alcohólicos a los que desvalijaban en las calles en el curso de la madrugada; en el fondo estaban desvalijando al padre alcohólico que los había dañado y maltratado en el hogar. Cuando entraban al Tribunal para Menores, repetían para las autoridades del tribunal la misma dinámica de hostilidad, que por otra parte se veía justificada por la actitud real de las personas que entraban en contacto con ellos. Existe un corrido, forma festiva de cantar la tragedia en el mexicano de estos chicos abandonados que por su interés psicológico transcribí:

*Estos eran tres muchachos
que venían de trabajar,
como no tenían dinero
se tiraron a robar.*

*Cargaban su dinamita
y su buena batería
para volarse los cambios
y los fierros del tranvía.*

*Un 16 de Septiembre,
ni me quisiera acordar,
me correteó la patrulla
la policía judicial.*

*Tan, tan, tocan las puertas
¡Mi Jefe ya sé quien son,
son unos dos, tres muchachos
que vienen a declarar!*

*—Muchachos ¿por qué vinieron?
—Mi jefe, no sé por qué,*

*por unos dos, tres pesitos
que me quería nahualiar.*

*Pasaron los 8 días,
me mandaron a la correccional
donde trabajan los hombres
por un pedazo de pan.*

*Pasaron los 8 meses,
me mandaron a llamar,
pasamos a las oficinas
toditos a declarar.*

*Pasaron los 8 años
me dieron mi libertad.
adiós Tlalpan, Escuela Correccional.
Aquí se acaban cantando
los versos del tribunal.*

Sigamos estos versos en todo su dramatismo cuyo tono festivo es incapaz de encubrir, en ellos se expresa que a pesar de los esfuerzos que se realizan el mundo es injusto y es preciso robar. Básicamente estos chicos están aludiendo la inutilidad de cualquier actividad socialmente aceptada, a la ineficacia de los medios lícitos y aceptados; por eso a pesar de trabajar, es preciso robar. Roban mediante ingenio y engaño tanto los cambios como los tornillos o focos de un tranvía. La Compañía de tranvías no hace aún muchos años hacía poner este sello en los focos de sus carros "Robado a la Compañía de Tranvías" y con este sello pretendía evitar el robo, ya que el sello estigmatizaba a toda aquella persona que pudiera hacer uso de él. Son estos chicos que se suben de "mosca" en el tranvía y que se solazan en burlarse del policía que no puede aprehenderlos o del motorista que se desespera; finalmente caen víctimas de la patrulla, de la policía Judicial, y expresan en sus versos que en realidad ni quisieran acordarse de ello; después viene la historia jurídica de los niños que

tienen que pagar con 8 años de internado, previa espera de 8 meses de declaración por dos o tres pesos que se querían nahualiar.

Siguiendo el tema de la ausencia del padre en este niño mexicano, citaremos el resultado de una investigación realizada hace varios años. Se trataba de investigar la naturaleza de la organización familiar existente en los cuarteles y alrededores, se investigaron las familias de las soldaderas del cuartel de "La Soledad", encontramos, claro está, que la organización familiar económicamente miserable, giraba alrededor de la madre, ella mediante trabajos exhaustivos podía sostener y llevar a cuestras el hogar. Habitualmente lavaban ropa ajena o planchaban, y mediante estos ingresos sostenían sus hijos. Cada uno de estos niños rápidamente tenía que desenvolverse porque la economía familiar no les permitía un largo período de dependencia. Para cada hogar constituido por una madre y un número x de hijos había un promedio de 2.3 padres, es decir que con gran frecuencia el padre se había conformado con gestar al hijo y vivir un corto tiempo con la mujer para después abandonarla; más tarde surgía otro padre era el responsable del nacimiento del siguiente hijo y que anteriormente seguía la misma línea de conducta que el anterior; es decir que estos niños tras de haber carecido de un padre presente, constante y protector, tenían que cargar en ocasiones con un eventual padrastro que no venía sino a ratificar las características negativas del padre verdadero.

Piénsese en el drama de este niño que en diferentes proporciones cuantitativas se da en diferentes clases sociales: una madre que tiene que cargar con una fecundidad exhuberante a una serie de hijos, los cuales no tuvieron más protección real que la esporádica y duradera en tanto fueron lactantes. Estos niños, reivindicarán contra todo aquello que simbolice al padre; estos "pelados" robarán la llave del agua de la casa del "decente", o rayarán el automóvil

del "roto", o romperán los vidrios en el barrio fino. Mucho se ha hablado acerca del origen económico de estas pequeñas raterías; pensamos que más que razones económicas derivadas de los pocos centavos que se obtienen del acto delictuoso, se encuentra una motivación fundamentalmente psicológica: son actos psicopatológicos presentes en la vida cotidiana del mexicano a través de los cuales se desquita contra el padre cruel e inhumano que le tocó padecer.

Por eso cuando el niño mexicano se hace hombre tan sólo encuentra seguridad repitiendo por una parte la conducta de su padre, en la relación con su propia madre e hijos, y por la otra agrediendo contra todo aquello que simbolice su interacción primitiva en relación a su progenitor. Como dijimos, en todo momento afirmará sus identificaciones masculinas, y ya que en el fondo carece de ellas, hará alarde de una hombría que, ante cualquier duda, surge la agresión y el delito. En sus relaciones con los demás elude a la mujer, los actos que las simbolizan, los sentimientos que las representan; cuando nos acercamos a un centro nocturno del bajo mundo nos encontramos para nuestra sorpresa la escasa relación existente entre el hombre y la mujer, el acercamiento tan sólo será físico en el momento de la danza, tan pronto ésta termine las parejas se separarán para de nuevo ocupar sus respectivos sitios en su respectivo bando. El intercambio de ideas, de sentimientos y de pareceres es nulo. Actúa el mexicano en este orden de ideas como el niño de 10 o 12 años que únicamente se organiza en grupos de "hombres" y que cuando corre en compañía de sus amigos dice: "vieja el último". Ser vieja es un vejamen, ya la propia expresión alude a lo inferior que es ser mujer en un momento dado. A este mexicano se le puede llevar a cualquier sitio a través del "ser muy macho"; profundamente agresivo en sus relaciones con los demás hombres es manifiestamente educado y suave, busca el medio tono al que aluden los autores al referirse a la poesía de López Velarde; en su hostilidad no existe alarde a menos que se encuentre borracho,

fuera de esta circunstancia es atento y delicado: "Usted, dispense", "Usted, perdone", hará uso excesivo del diminutivo inclusive en sus más apasionados arrebatos de hostilidad; matará en medio tono y con suavidad, cuando entierre un cuchillo en el vientre de su adversario dulcemente expresará: "guárdame este fierrito". La medida de la hostilidad implícita en relación padre hijo, queda plenamente expresada en el insulto de. "soy tu padre". Ser amigo, hermano o cualquier otro tipo de vínculo no es insulto pero ser padre de alguien es motor de riña y de discordia y en ocasiones de muerte.

No todo es negativo en este adherirse a la figura paterna inexistente y cruel, en función de la avidez de una figura paterna fuerte y vigorosa el mexicano crea al caudillo y al héroe; también en función de esta avidez es capaz de mimetizarse con una facilidad e ingenios sorprendentes. Fácilmente aprenderá idiomas, ciencia y arte, porque es una tierra árida a la espera de un maestro o de cualesquier otra figura significativa susceptible de mutar la imagen interna que adentro lleva.

La necesidad del mexicano de hacerse valer, de afirmar su posición, hacen que pueda ser erudito, magnífico pintor, esplendoroso cómico, hombre suave y profundo. Tiene un motor para buscar la afirmación que difícilmente otros pueblos tienen. A fuerza de comparar sus posibilidades con las de otros paulatinamente va aprendiendo la potencialidad de sus propias capacidades. Si pintor, incorpora la técnica extranjera como el mejor, para después, una vez adquirida esa seguridad, esa posibilidad de identificación con lo culturalmente considerado como fuerte, expresar su sentimiento y su idea; cuando hombre de ciencia, una vez asimilados los conocimientos del exterior y sabedor de sus capacidades expresar su propia sabiduría.

Cuando las clases sociales y los estratos culturales ascienden desde estos niños abandonados hasta familias inte-

gradns. la situación descrita se va limando. Algunas clases sociales al transculturarse, niegan todos los valores, virtudes y vicios de la clase de la que proceden, otras sobre todo en los últimos tiempos afirman su origen y al hacerlo hacen patente la posibilidad y potencia del mexicano para transculturarse sin perder nada de lo propio.

Existe otro hecho llamativo y confirmatorio de lo que venimos diciendo y que cabría en el capítulo del medio tono del mexicano. Es excepcional que en México se designe por su nombre de oficio a una multitud de personas. El chauffeur, el conductor de tranvía, el mesero, el plomero y otras múltiples calificaciones de artesanía no pueden utilizarse para dirigirse directamente a una persona. No se le puede decir al mesero: "Oiga mesero" ni al plomero "oiga plomero". Cuando se trata de oficios económicos considerados como propios de "pelados", a la persona que los profesa es menester llamarla como "señor". Es interesante que en otros países no exista este tipo de pudor por una parte y de delicadeza por el otro; recuerdo impresionado la ocasión en que estando en el extranjero una persona que llamaba a la puerta se anunciaba como el "cloaquero". Es decir que en otras culturas ningún oficio adquiere la calidad despectiva que nominativamente tiene entre nosotros. Que esto no es genérico en todas las actividades queda bien expresado por la circunstancia de que no se eluden los calificativos profesionales culturalmente considerados como "decentes"; en este caso la suplantación del título: "doctor", "licenciado", etc., por el de señor, a la inversa de lo que acontecía en el caso anterior, tiene una connotación agresiva.

Expresábamos que la liga con la madre tan tierna y afectuosa en los primeros años de la vida, en los cuales se encuentra ligada la alimentación al pecho, con la ternura y el afecto, puede tomar expresiones fenomenológicas de signo opuesto cuando se expresan en la edad adulta.

Si analizamos la temática de las canciones populares, veremos que es muy frecuente que en ellas aparezca el tema

del abandono por una mujer o bien la imploración a una mujer por el amor que se desea internamente y que ella elude con actitud frustrante. Ejemplos cabales de ello serían:

*Sufro terrible la ausencia
por una mala mujer que me abandonó.
Quiero hacer por olvidarla
pero más y más te siento juntito a mí.
Yo vivo triste, olvidado,
sin tener nada en la vida más que una ilusión.
Tú eras la llama que ardía en mi corazón
que de pronto se acabó.*

En la realidad fenomenológica del adulto mexicano la mujer es la que habitualmente es abandonada por el hombre, sin embargo en su lírica que es la expresión genuina de lo acontecido en la infancia, se llora por el abandono y si en el contenido manifiesto se culpa de ello a otro hombre que llena el corazón de la ingrata, en el contenido latente es el hermano menor que nos desplaza del calor y la seguridad infantil; por ello la actitud del mexicano frente de la novia y de la esposa madre de sus hijos es bien distinta, también la actitud de la mujer es substancialmente diversa; cuando novio, el mexicano es amoroso, cordial y tierno:

*Rayando el sol me despedí,
bajo la brisa
y allí me acordé de ti,
llegando al puente
y allí yo me devolví,
bañado en lágrimas,
las que derramé por ti.*

Cuando padre de sus hijos, tal vez desde que la mujer se embaraza, su actitud cambia por completo; el nacimiento de su hijo le hace recordar el remoto nacimiento del hermano menor que lo desplazó de su paraíso. Ya decíamos que por muchos resquicios emerge la importancia de la vida del

mexicano; uno de ellos es la lírica, otro su necesidad permanente de negar. Que es implorativo y humilde enfrente de la mujer en su inconsciente profundo lo demuestra cuando al cantar nos dice:

*Todos me dicen el negro, llorona,
negro pero cariñoso,
yo soy como el chile verde, llorona,
picante pero sabroso.*

En estos versos se manifiesta todo el dolor con el que implora a pesar de su condición indígena, si bien es cierto que su color es moreno, no menos cierto es que en su interior hay un mar de afecto, si bien es cierto que es áspero y picante no menos verdadera es su condición agradable.

Qué distancia y qué mundo median entre los versos que hemos señalado y el: "Oye Bartola, ahí te dejo esos dos pesos". Claro que con estas palabras ya no se está dirigiendo a la novia sino a la esposa madre.

La actitud de la mujer, sabedora de la diferencia con la cual la trata el hombre en sus diversas condiciones de novia y esposa, también se comporta diferente. Pasa del "estese silencio y sosiego", reticente e insinuante, a la sumisión mansa y abnegada de la esposa mexicana.

En múltiples ocasiones al comparar la relación de la madre con el hijo en la cultura norteamericana y en la mexicana, hemos hecho alusión a las diferencias profundas y básicas. La mujer norteamericana trata de suplir el calor, la cordialidad y la ternura, con preceptos higiénicos; la higiene se encuentra al servicio de la conservación de la línea y de la apariencia juvenil; en la mujer mexicana es justamente a la inversa: las consideraciones higiénicas y de horario no entran en consideración, la cercanía con la madre es inmediata y sostenida; madre e hijo forman una unidad en la cual la mujer encuentra su seguridad y afirmación. Si co-

no hemos venido diciendo, la conducta del adulto es repetición de los patrones infantiles prototípicos, comprendemos la actitud de ambas culturas enfrente del mercado. El mercado del mexicano es el "tianguis", el del sajón es el "supermercado". Entre el uno y el otro media un abismo; el uno sería con su ausencia de vendedores, con su higiene y su falta de calor, la expresión no de la relación de una madre con el hijo a través del pecho tierno y cálido, sino más bien la relación entre la múltiple variedad de leches artificiales envasadas y el hijo. En el tianguis hay "marchantitas", a través de las cuales el mexicano recita una actitud íntima y cálida, réplica de la primitiva con su madre. Hemos dicho que el "tianguis" es al supermercado en la edad adulta lo que el pecho a la botella en la edad infantil. El mexicano no puede olvidar lo positivo de su pasado, por ello poco después de inaugurado el supermercado, en sus alrededores surge el tianguis con todo lo que de emocional está presente en él.

Otro índice de la agresión hacia el hermano menor y hacia la madre embarazada se expresa en las "piñatas". La celebración de la piñata se lleva a cabo en los días que preceden a la Natividad de Jesucristo. En la letanía y en el rezo se conmemora alegremente el futuro nacimiento del hijo pero más tarde el mexicano rompe en la olla el vientre de la madre y se apropia de su contenido. En esta festividad se encuentran expresados una multitud de simbolismos inconscientes. Se trata de nueve posadas con sus respectivas piñatas, réplica de la duración, nueve meses, de la gestación. Los niños rompen la piñata, forma social mediante la cual se permite la expresión de la hostilidad hacia los contenidos internos, el hijo, del vientre de la madre.

La actitud de la mujer en nuestra cultura es el resultado de muchas de las circunstancias que paso a paso hemos tratado de analizar. La desvalorización que el padre hace de ella, el rechazo que el mundo social, mundo de hom-

bres, tiene para con ella, hacen que se refugie y exprese a través de los hijos. La única forma de reparar el abandono en el cual se encuentra colocada, es dándoles amor a sus hijos; en esta forma, identificada con ellos, recibe el amor del cual le priva la cultura; por otra parte a ella no se le prohibieron las identificaciones femeninas con la madre sumisa y abnegada, desde pequeña aprendió y le resulta natural su papel en la vida y su manera de derivar sus tensiones y frustraciones a través de una exhuberante maternidad en todos sus aspectos. Para ella, para la mujer mexicana, el envejecer tiene una connotación bien diversa que para la mujer norteamericana. La primera pierde su posibilidad de ser madre conforme los años pasan, la otra pierde su línea y los atractivos que son tan valorados en su ambiente; por eso cuando abuelas actuarán en forma diversa ante sus hijas y nietos. La abuela mexicana tratará de negar su propio crecer y envejecer, negando la maternidad de la hija, se tratará de apropiarse de sus nietos, privando a su hija de la propia maternidad; racionalizará la necesidad de "volver a tener hijos" diciendo que su hija es incapaz de atenderlos o facilitando la posibilidad de que ésta busque centros de interés que la aparten de los niños. Es un intento desesperado de conservar lo único en lo que encontró seguridad y que ahora la edad le niega; la abuela americana, teme la vejez porque pierde línea, atractivo y valoración en su cultura, como ser vieja es ser rechazada, negará a la hija y a los nietos, con una técnica que le permitan mantenerse en línea y fresca, usará ropa juvenil tratando de negar su edad y viajará con su esposo intentando revivir los tiempos en que era joven. Es decir, alucinará la juventud perdida.

Para terminar nuestro escarceo a través de la vida del mexicano quiero señalar la actitud psicológica de esa clase social tan frecuente y tan frustrada que denominamos el "pobre vergonzante".

Los ideales de este grupo se encuentran centrados en un enorme anhelo de parecer lo que no son. Se quejan del

destino que les ha hecho pobres, pero luchan: a capa y espada por mantener una apariencia de personas decentes; si bien es cierto que viven en las barriadas populares porque sus ingresos no les permiten vivir en otro sitio, también lo es que se han de distinguir por su necesidad de excluirse siempre presentes y por destacar la diferencia que media entre ellos y los que les rodean. Carecen de espíritu de clase y prohíben que el hijo juegue con los compañeros de vecindad porque sería un vejamen. Sus únicas diversiones son aquellas gratuitas, ya que las que se encuentran a su alcance las desprecian. En esta clase el sitio de paseo predilecto es la iglesia, que es considerada decente. Todos podemos identificar a esta clase social, hondamente preocupada por el "qué dirán", en la cual es más importante la apariencia que lo que internamente se sienta en un momento dado. Es la madre que sacrifica la escolaridad de las hijas porque al no tener para pagar una escuela "decente", no tolera el que sus hijos se revuelvan con los "pelados". La fórmula con la cual se desarrolla la vida de estas personas es la de: "somos pobres pero muy decentes"; doble lastre muy difícil de sobrellevar y que ellos consideran como condiciones antagónicas más que como pesos diabólicos que los atan y anulan. La única salida para esta clase en el caso de las mujeres es el soñado matrimonio con un "rico decente", en el caso de los hombres, tener un empleo seguro en una institución "decente". En esta clase todo gira alrededor del anhelo de alcanzar a un padre fuerte y potente, pero no desde su resentimiento para con el "rico" sino desde su resentimiento para con el "pobre".

Folleto, sobretiro del número 115 del año XIII de la Revista de Cultura "Letras Potosinas", se imprimió en los Talleres Gráficos de la Editorial Universitaria, siendo Director de la Revista Luis Chessal, quien tuvo a su cuidado la impresión, dándose fin a ella el 11 de agosto de 1955.

